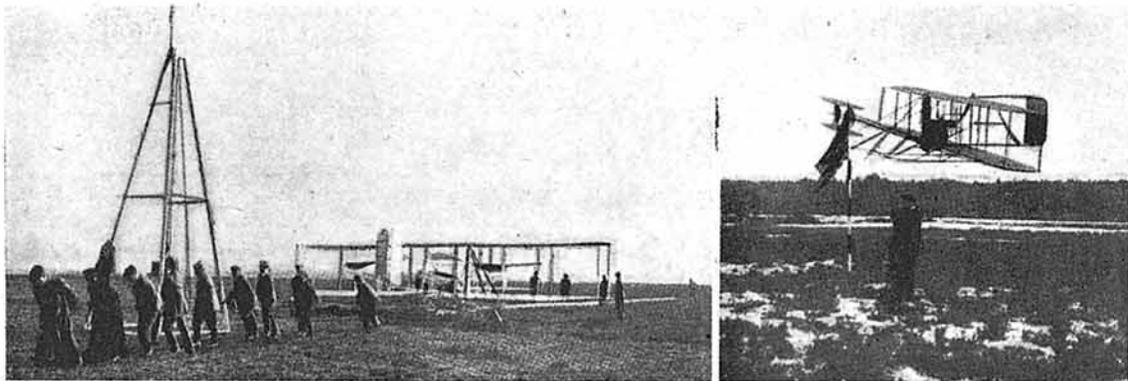


EL HOMBRE Y LA MAQUINA

Los hermanos Wright y su "más pesado que el aire"

Por MANUEL G. DE ALEDO

*Las primeras exhibiciones de los Wright.*

En Dayton, en el Estado de Ohio, vivían unos fabricantes de bicicletas, en cuyo negocio habíanse hecho un vivir acomodado, que febrilmente se entregaban en horas extraordinarias a investigaciones sobre el problema del vuelo y a la construcción de unos artefactos extraordinariamente parecidos a las cometas, los cuales lanzaban al espacio, mezclándose en su propósito el cálculo y la diversión. Leían los hermanos Wright, especialmente Wilbur, más técnico que Orville, cuanto sobre el vuelo se había escrito y caía ante la voracidad de su mirada. A menudo pensaban en la posibilidad de volar en una de aquellas cometas, pero habían de desechar su propósito ante la imposibilidad de construir una con fuerza suficiente para remontarles. Y, sin embargo, comprendían que el camino del vuelo estaba en la práctica, no en la teoría. Wilbur, el teórico, decía: "Si verdaderamente quiere usted aprender algo, tendrá que subirse al aparato y conocer bien todas las triquiñuelas por medio de la práctica." Esto lo decía Wilbur. ¿Cuáles no serían los pensamientos de Orville, más joven, más impetuoso, más arrebatado? La contestación está en el repaso de la vida de los hermanos, que no se dieron por satisfechos hasta que idearon su aparato más pesado que el aire.

y hasta que personalmente le hicieron subir los espacios. Pero ¿qué fué lo que les decidió? A veces enseña más un retazo de la vida misma que todo cuanto hayan podido escribir los hombres sobre ese punto, y de la misma manera que los hermanos Wright meditaron y sopesaron cumplidamente los cálculos de Otto Lilienthal, de la misma manera supieron admirar enardecidamente la muerte del poeta-héroe. Veamos cómo sucedió:

Cierto día se encontraba enfermo Orville, y su hermano, para distraerle, le leía sin cesar. Fué entonces cuando le dió lectura a aquel suelto que, lacónicamente, decía así:

"Berlín.—El fabricante de máquinas Otto Lilienthal, que hace años estaba ocupado en el absurdo ensayo de construir una máquina de volar, se cayó el domingo desde una altura de 15 metros al dar un salto con su aparato desde una colina, y se fracturó la espina dorsal."

¿Qué fué lo que les decidió? ¿Fué el deseo de proseguir la obra emprendida por su desconocido y admirado maestro? ¿Fué la indignación causada por la prosa mordaz de aquel emborronador de cuartillas, que calificaba tan noble empeño de absurdo ensayo? ¿Fué el perca-

tarse de que aquello que habían considerado como juego, el juego de la cometa, era simplemente el juego con la muerte, con la irresistible y secular atracción que sobre todas las razas ha tenido siempre? Lo ignoramos, pero lo cierto es que aquella noche Wilbur calculó como jamás lo hiciera, y Orville soñó estimulado por su estado febril, haciendo entre ambos que una vez más la Poesía y la Ciencia hiciesen brotar la maravilla de una página de Aviación.

Trabajan sin descanso a partir de aquel momento. Realizan vuelos planeados. Conciben un motor que proporcione fuerza motriz a su aparato e idean el alabeo que proporcione un nuevo movimiento, de escora, al nuevo móvil del espacio. Y tras abnegados trabajos y tras constantes renunciaciones llegan a aquel día 17 de diciembre de 1903, en que anuncian categóricamente a sus paisanos que "se volará". Así, ni más ni menos, de manera rotunda y concreta, no como un vaticinio, sino como una garantía, proclaman a los cuatro vientos su decidido propósito de volar.

¿Cómo reaccionan los habitantes de Dayton? En general, indiferentemente; no creen que lleguen a volar; pero como los Wright gozan de reputación y de consideración ciudadana, y como con aquello no salen perjudicados en sus egoísmos, permanecen pasivos, impassibles. No falta algún clarividente de la prensa que satirice aquella máquina "voladora que no volaba", y que para su ridículo realizó vuelos ante la presencia de cinco testigos, que se llamaban Ward, Brinkley, Daniels, Dough y Etheridge.

Pero antes de pasar a relatar el acontecimiento examinemos, siquiera a título de curiosidad y simplemente por encima, la máquina construída por los hermanos y protagonista, juntamente con ellos, de la proeza. Se trataba de un biplano de nueve metros de longitud de alas y un metro veintidós centímetros de anchura en las mismas. Las alas eran ligeramente curvadas, ya que habían comprobado que este detalle facilitaba la ascensión. Casi toda la estructura estaba constituída de varas de abeto, y el tren de aterrizaje eran dos simples listones de fresno. Las alas estaban recubiertas con alambre y caña de bambú, y el motor iba montado en medio del ala inferior, al lado del piloto, que iba tumbado. La transmisión a las hélices se hacía desde el motor por medio de cadenas y ruedas catalina. El motor, construído por ellos mismos, era de cuatro cilindros, con una potencia de 12 cv. y un peso total de 82 kilos. El avión completo arro-

jaba un peso de 338 kilos. Era un auténtico más pesado que el aire.

Amaneció el histórico 17 de diciembre, y ante sus numerosos espectadores—cinco, cifra no despreciable para aquellas fechas heroicas—los hermanos se dispusieron a realizar su hazaña. Hacía un frío crudísimo en la "Colina Mata el Diablo"—así se llamaba el lugar elegido para el despegue—y un viento de unos 50 kilómetros por hora. El motor se pone en marcha con un rugido; el armazón entero de la aeronave se estremera; los aeronautas también. ¿Temor? ¿Cuán lejos de ello! Es, simplemente, que una moneda ha de decidir el protagonista del momento histórico. Meta! al aire y... es Orville el designado. El más joven, el más impetuoso, el más soñador. Tal vez se hubiese consumido de no ser él. Wilbur razonará mejor la espera. También, acaso, es que la Historia es más de poetas que de matemáticos. Sea por lo que fuera, Orville se tumba en el artefacto. Su mano diestra empuña la palanca que manda el timón de altura; la izquierda, el control de gases y encendido; ciñese el yugo que, por movimientos del cuerpo, mandará en dirección y en alabeo. ¡Adiós! Los dos hermanos apenas si se atreven a ofrecer la mano por miedo a imprimir a la escena acento de despedida. No, hay que confiar, confiar en todo y sobre todo. Sólo la mirada del mayor denota angustia, o acaso envidia. Por fin aquello se mueve. Wilbur corre a su lado hasta que a los 12 metros aquello adquiere propia sustentación. Entonces se para; no sigue porque no quiere, porque aquello no anda más velozmente que un hombre a la carrera. Orville se eleva hasta tres metros de altura y realiza un vuelo de 36 metros, con una duración total de doce segundos. ¡Doce segundos!—ironizará alguien—, ¡qué poco! ¡Qué poco ahora, en la actualidad, cuando se consiguen horas de autonomía, que se deben, así dicho categóricamente, a aquellos doce segundos, pero cuánto para apabullar a los incrédulos y confundir a los timoratos!

Wilbur y los cinco espectadores corren a abrazar a Orville, que, ileso, sonríe, sonríe... El hombre y la máquina han triunfado sobre la Naturaleza. Luego realizarán frecuentes y pasmosas exhibiciones. Pasémoslas por alto; lo interesante ya está comentado: el esplendoroso triunfo del hombre y la máquina, del sueño y el cálculo, de los hermanos Wright y su biplano más pesado que el aire sobre la hostil Naturaleza, que ante la belleza y magnitud de su proeza no tiene más remedio que doblegarse.